

Diablotexto *Digital*

SARA MESA: *CARA DE PAN*
Barcelona: Anagrama, 2018, 144 pp.

CARLOS GARCÍA NÚÑEZ
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Sara Mesa irrumpe una vez más en el panorama literario con una nueva novela, *Cara de pan*, que desde su título anticipa algo que ya veíamos en algunas de sus obras anteriores como *Cuatro por cuatro* (2012) o *Cicatriz* (2015): el desmoronamiento del sujeto como consecuencia de los desajustes de una sociedad que no difiere en gran medida de la nuestra.

La novela nos habla de la crisis de identidad que experimenta una adolescente, de sus dudas y sus temores, pero también de las convenciones que dominan la sociedad, del acoso sufrido en las aulas, de la incomprensión ante ciertas situaciones y ciertos tipos de individuos, de la soledad que acecha y envuelve nuestras vidas... Además, plantea una serie de reflexiones sobre la biología, la sexualidad o la enfermedad a través del simbolismo asociado al ámbito de la ornitología y a la música de Nina Simone. Todo ello motiva la creación de un ambiente intimista que atraviesa la obra en su totalidad y del que es consciente el lector en todo momento.

La premisa fundamental de la historia reside en el fortuito encuentro entre dos personajes aparentemente distintos, pero con muchas más cosas en común de lo que imaginan. Por un lado, una joven adolescente e insegura que huye del entorno escolar para evitar convertirse en objeto de burla de sus compañeros; por otro, un hombre misterioso y de avanzada edad, amante de la música y de los pájaros, que ha perdido los engranajes del tiempo. Sin



embargo, el desconocimiento de sus nombres es quizás lo más simbólico que se percibe en ellos, pues ambos son individuos que carecen de una identidad concreta. En su lugar, surgen los apelativos Casi (de “casi catorce años”) y el Viejo (claro está el motivo).

A partir de ese primer encuentro, se desarrolla una estrecha e insólita relación entre ambos personajes que pone de manifiesto numerosas cuestiones acerca de la figura del desconocido. En un primer momento, Casi desconfía plenamente de las intenciones del Viejo, pues en su mente ronda todo ese imaginario que gira en torno a la imagen del depredador sexual. No obstante, en este acaba encontrando rasgos que le recuerdan a ella misma, por lo que pensará que se trata más bien de su alma gemela.

Dos espacios principales estructuran tanto la novela, que se divide en dos partes, como la relación entre Casi y el Viejo: un parque y una cafetería. El primero de ellos origina el encuentro, a la vez que constituye un “refugio” para los protagonistas. Por su parte, la cafetería nos presenta las claves y el desenlace de la historia. El parque es intimidad y protección, la cafetería es exposición al mundo. Pero este juego de contrastes se desarrolla también temporalmente: mientras que el parque mantiene una linealidad en los acontecimientos a lo largo de varios meses, la cafetería revela una ruptura inmediata en la sucesión de estos y supone un intervalo de apenas unas horas.

En relación al narrador, podemos decir que es un elemento interesante en la novela, no únicamente por su desmedido carácter omnisciente, sino también por su propia configuración en el relato, ya que no se intercala ni un solo diálogo en la narración. Por el contrario, el narrador asume la voz de los personajes y se desdobra en cada uno de ellos, reproduce sus palabras con total exactitud porque ellos no pueden hacerlo en ese mundo asfixiante.

Paralelamente, a raíz de sus múltiples encuentros, Casi y el Viejo construyen un mundo totalmente nuevo, gobernado por la imaginación, en el que tienen cabida multitud de realidades y futuros dispares. En este sentido, el diario de Casi cobra especial importancia, puesto que conecta ambos mundos a través de la escritura: el lector rememora entonces algunas figuras similares de la literatura como las de Alonso Quijano o Madame Bovary.



En definitiva, la novela de Sara Mesa emerge como un canto a la diferencia, a todos aquellos individuos que no encontramos un lugar en esa sociedad moderna que muchas veces atiende a convenciones, penalizando de este modo la diversidad. De manera análoga a ciertos pájaros, Casi y el Viejo “no querían entrar en ningún grupo, y si se veían forzados a ello, se mantenían aparte, aunque les costase el repudio” (p. 46). Todavía tenemos mucho que aprender de ellos.